



La Santa Sede

MISA CONCELEBRADA POR LOS CARDENALES
Y OBISPOS FALLECIDOS DURANTE EL AÑO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Martes 5 de noviembre de 2002

1. *"Bueno es el Señor para el que en él espera, para el alma que le busca" (Lm 3, 25).*

La solemnidad de Todos los Santos y la conmemoración de Todos los Fieles difuntos suscitan cada año en la comunidad eclesial *un intenso y generalizado clima de oración*. Un clima triste y a la vez sereno, en el que la consoladora certeza de la comunión de los santos alivia el dolor, jamás mitigado del todo, por las personas fallecidas.

Envueltos en esta particular atmósfera espiritual, nos hallamos en torno al altar del Señor, unidos en oración por los cardenales y los obispos que durante los últimos doce meses concluyeron su jornada terrena. Y al *ofrecer por ellos nuestros sufragios*, por medio de Cristo, les estamos agradecidos por los ejemplos que nos han dejado para sostenernos en nuestro camino.

2. En este momento los prelados difuntos están muy presentes en nuestro corazón. Con algunos de ellos teníamos vínculos de profundidad amistad y, al decir esto, estoy convencido de que interpreto también los sentimientos de muchos de vosotros. Me complace mencionar, de modo particular, *a los venerados cardenales* que nos han dejado: Paolo Bertoli, Franjo Kuharic, Louis-Marie Billé, Alexandru Todea, Johannes Joachim Degenhardt, Lucas Moreira Neves, François-Xavier Nguyễn Van Thuân y John Baptist Wu Cheng-Chung. A su recuerdo se une el de los *arzobispos* y *obispos* que, en las diferentes partes del mundo, han llegado al final de su camino terreno.

Estos hermanos nuestros han llegado a la meta. Hubo un día en el que cada uno de ellos, aún lleno de energías, pronunció su "heme aquí" en el momento de ser ordenado sacerdote. Primero

en su corazón, después en voz alta, dijeron: "Heme aquí". Todos estuvieron unidos a Cristo, asociados a su sacerdocio, de modo especial.

En la hora de la muerte, pronunciaron su último "heme aquí", unido al de Jesús, que murió encomendando su espíritu en manos del Padre (cf. *Lc 23, 46*). Durante toda su vida, especialmente después de haberla consagrado a Dios, "buscaron las cosas de arriba" (cf. *Col 3, 1*). Y, con su palabra y su ejemplo, exhortaron a los fieles a hacer lo mismo.

3. *Fueron pastores*, pastores de la grey de Cristo. ¡Cuántas veces rezaron, con el pueblo santo de Dios, el salmo "*De profundis*"! En las exequias, en los cementerios y en los hogares donde había entrado la muerte: "*De profundis clamavi ad te, Domine... quia apud te propitiatio est... Speravit anima mea in Domino... quia apud Dominum misericordia et copiosa apud eum redemptio*" (*Sal 129, 1. 4. 5. 7*).

Cada uno de ellos dedicó su vida a anunciar este perdón de Cristo, la misericordia de Cristo, la redención de Cristo, hasta que llegó su hora, su última hora. Ahora nosotros estamos aquí para rogar por ellos, para ofrecer el sacrificio divino en sufragio de sus almas elegidas: "*Domine, exaudi vocem meam*" (*Sal 129, 2*).

4. Fueron pastores. Con el servicio de la predicación, infundieron en el corazón de los fieles la conmovedora y consoladora verdad del amor de Dios: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (*Jn 3, 16*). En nombre del Dios de amor, sus manos bendijeron, sus palabras confortaron y su presencia —incluso silenciosa— testimonió con elocuencia que la misericordia de Dios es infinita, que su compasión es inagotable (cf. *Lm 3, 22*).

Algunos de ellos tuvieron la gracia de dar este testimonio *de modo heroico*, afrontando duras pruebas y persecuciones inhumanas. En esta eucaristía bendecimos a Dios por ellos, pidiendo honrar dignamente su memoria y el vínculo imperecedero de su amistad fraterna, a la espera de poder abrazarlos de nuevo en la casa del Padre.

5. "Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él" (*Col 3, 4*).

Estas palabras de san Pablo, que han resonado en la segunda lectura, nos invitan a pensar en la vida eterna, hacia la cual nuestros venerados hermanos han dado ya su último paso. A la luz del *misterio pascual* de Cristo, su muerte es, en realidad, la entrada en la plenitud de la vida. En efecto, el cristiano —como dice el Apóstol— ha "muerto" ya por el bautismo, y su existencia está misteriosamente "oculta con Cristo en Dios" (*Col 3, 3*).

Así pues, a la luz de la fe, nos sentimos aún más cerca de nuestros hermanos difuntos: la muerte

nos ha separado aparentemente, pero el poder de Cristo y de su Espíritu nos une de un modo más profundo aún. Alimentados con el Pan de vida, también nosotros, junto con cuantos nos han precedido, esperamos con firme esperanza nuestra manifestación plena.

Sobre ellos, al igual que sobre nosotros, vele maternalmente la Virgen María, y nos obtenga a todos llegar a ocupar en la casa del Padre el "lugar" que Cristo, vida nuestra, nos ha preparado (cf. *Jn* 14, 2-3). "Salve Regina".